



La caza del mamut en los tiempos prehistóricos (Cuadro del Museo Histórico Ruso. Moscú).

EN EL UMBRAL DE LA HISTORIA

EL HOMBRE PRIMITIVO

por E. LAGRANGE

I

Hasta 1655, el hombre había imperado sobre el planeta como un hijo de los dioses; hijo feliz y dichoso que poco á poco, por favor de los mismos, había ido extendiendo su dominio y su reino al crearse nuevos sucesores y descendientes.

M. La Peyrère, gentilhombre protestante del ejército de Condé, tomando á la letra los dos relatos de la Creación contenidos en la Biblia, así como diversas particularidades de la historia de Adán y del pueblo judío, se esforzó en demostrar que únicamente los judíos descendían de la primer pareja: Adán y Eva; pero que ésta fué precedida por otros hombres: ó sea que al mismo tiempo que la pareja bíblica aparecía en el Edén, otros hombres habitaban en otros puntos de la tierra.

La idea de la existencia de varias especies humanas (*poligenismo*) frente á la de la unidad de los hombres (*monogenismo*), lejos de ser un resultado de librepensamiento, como general-

mente se considera, ha comenzado por ser una doctrina bíblica y dogmática.

Del valor y del alcance que tuvo la obra de La Peyrère, puede juzgarse recordando que la famosa controversia entre el monogenismo y el poligenismo sirvió de plataforma y soporte científico para justificar la actitud de los esclavistas de los Estados Unidos antes de resolverse este conflicto con la llamada Guerra de Secesión.

En 1844, M. Calhoun, ministro de Negocios Extranjeros de los Estados Unidos, respondiendo á los representantes de Francia é Inglaterra, á propósito del problema de la esclavitud, no dudó en defender las instituciones de su país, significando las diferencias radicales que separaban, según él, al Negro del Blanco, como hombres de diverso origen.

Un examen más atento y mehos apasionado nos advierte que las diferencias existentes entre los hombres no acreditan una diversidad de especie, sino una diversidad de razas, sin perjuicio de creer que éstas hayan podido apare-

III

Los seis días de la creación son algo menos en número. Sólo son cuatro, pero cuatro gran-



Mamut. (Reproducción.)

des épocas, en las que van apareciendo sucesivamente los diversos reinos de la naturaleza, presentándose con toda la magnificencia de un primer empuje incontrastable.

Un infierno colosal, informe, monstruoso, sin un elemento racional que atormentase, sin una forma que presidiera el tormento; una atmósfera de muerte y de asfixia, por el exceso de vida que había en ella, he ahí poco más ó menos lo que fué el primer día, casi sin luz, casi sin sombra, casi sin obscuridad alguna.

Las aguas llegaban hasta muy alto y las nubes más que aéreas y suspendidas, gravitando sobre la tierra, debieron parecer cendales gigantes, grumos informes que querían concretarse en un punto ó que salían reventando por las grietas de una masa que estallaba en el mayor de los estrépitos.

Como los lomos de un gigantesco animal, se adivinaban en distintos sitios lo que había de ser más tarde las cumbres del planeta. Un sol difuso, velado por la densidad de unas nubes grisáceas como nunca, cuasi macizas, apenas si alumbraba á la tierra todavía.

Mucho tiempo después, toda la tierra pareció un inmenso breñal, un gigantesco y exuberante bosque provisto de algas y musgos extraordinarios, de helechos colosales. El *Eozoon canadiense* era el único representante de la vida. Un líquido gelatinoso, contráctil, ligeramente nucleado flotaba sobre las aguas.

Poco después, otras formas vivas y animadas, raras, extravagantes y extrañas se arrastraban en las aguas asomando á la super-

ficie. Eran crustáceos, provistos de prolongaciones y tentáculos, que se movían con movimientos magnéticos, extemporáneos, repentinamente, como si obedeciesen á sacudidas eléctricas ó tocasen con sus extremos una superficie abrasada ó congelada por el frío.

Al resplandor del penacho incandescente de los volcanes, en aquellas noches interminables, animales repugnantes para nuestros ojos de hoy, intentaban una vez y otra vez trepar por unas plantas más elevadas que las mayores montañas existentes ahora.

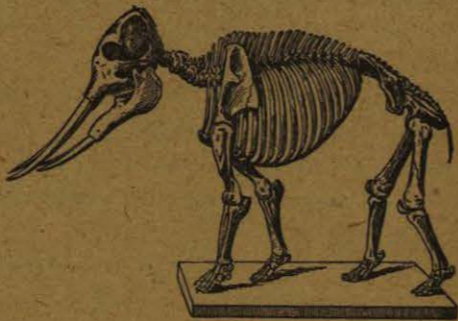
En las auroras, al dorar el sol las nuevas aguas de la tierra, se quebraban sus rayos en los troncos espinosos y relucientes de una vegetación que no podríamos soñar. Los cipreses y los helechos gigantes, que duermen hoy ennegrecidos en las cuencas carboníferas, se erguían desafiando á los cielos, verdes siempre, en medio del mayor silencio.

No había una flor.

No había un ave.

Las pendoreas, como colosales y monstruosas chumberas, llenaban las mayores extensiones de la tierra y acotaban con su sombra el horizonte.

Los monstruos aparecieron después. Primero, los reptiles que sobrenadan en las aguas; luego, los que salen á las movedizas riberas é inseguros continentes; los cocodrilos gigantes, como lagartos de grandes dimensiones, verdinegros, oscuros, ó de un verde subido salpicado de escamas, los cuales podían en ocasiones con-



Esqueleto del Mastodonte.

fundirse con los troncos anillados de las palmas y las pendoreas.

El iguanodon es el reptil que se incorpora. Su larga cola le sirve de sostén además de sus patas traseras, y la cortedad de las delanteras le permite erguirse como el rey de la creación de entonces.

Un intento más y el reptil vuela. El ave aparece, y aparece también monstruosa, gigante, el pterodáctilo, un lagarto gigantesco que se ciernen sobre los bosques y que baja hasta las aguas para buscar su alimento. A veces aparece un gliptodon, una especie de tortuga grandísima, de concha abombada como la jiba de un camello.

El tuceratops, un monstruo tan grande como cuatro elefantes, con uñas aceradas, cuernos como un toro, un pico ganchudo grandísimo, como el de un rinoceronte gigante, es el animal más grande de la época probablemente, y, sin discusión alguna, el más terrible.

La tierra ya da flores. El mundo es más sólido y los continentes más estables.

Las aves han adquirido ya perfección y se va preparando poco á poco la aparición del hombre. Ha de tardar, sin embargo. Su antecesor inmediato, el mono, ha surgido ya y la lucha por la vida entre los monstruos se ha dulcificado un poco, como si éstos previesen su próxima desaparición. El mastodonte, el megaterio, el paleoterio (un asno de rabo desmesurado), y el anoploterio (ciervo de grandísimas astas), se reparten el dominio del mundo como cuatro grandes potencias.

El hombre va á surgir, pero antes ha de prepararse para entrar en la vida.

IV

En una época muy remota, cuando el polo Norte giraba alrededor de la estrella del Cisne, los hielos no se habían circunscrito todavía en las regiones que hoy conocemos. El hombre apenas si había logrado elevarse un poco sobre los demás animales.

Su aspecto exterior no le diferenciaba gran cosa de los monos superiores.

Ese hombre primitivo que fué á modo de un intermediario entre el mono y el hombre actual, ese hombre reclamado y adivinado por la ciencia, fué encontrado hace pocos años, en sus restos, por Eugenio Dubois en las inmediaciones de Trinil (Java). Es sencillamen-

te el pitecantropus que se nos ha revelado precisamente cuatro siglos después del descubrimiento de América (1492-1892). Eugenio Dubois juró, como Anquetil, cuando quiso devolver el Oriente á Europa, traer este testimonio, y semejante al soldado audaz que partió de Tolón, cumplió también su palabra. Al cabo de seis años de trabajos, después de remover más de cuatrocientos montones de osamentas, fué hallado un cráneo, dos molares y un fémur del precursor tan esperado. Hasta tres años después la ciencia oficial y todo el mundo no dió crédito al descubrimiento del sabio médico francés.

Hasta entonces sólo habíamos poseído como documento más remoto de la antigüedad del hombre, un arma: el arma primitiva del hombre, un pedazo de sílex, que M. Bourgeois (1867) había presentado como obra del hombre: el sílex de Thenay. Al mismo tiempo se hallaron piedras de afilar, de pulir las armas primitivas; trozos informes de pedernal, escamoso, y mordido en sus bordes, que hacía en aquellos tiempos el papel y la función de la lima moderna.

Un retrato ó un dibujo del hombre de aquellos días le aproximaría demasiado al más degradado de los salvajes actuales y hasta al mismo criminal que idearon como tipo en el principio de su predicación los antropólogos italianos de la escuela de Lombroso.

El suelo, menos movedizo, más fortificado y compacto, permitía la estabilidad de los seres en el planeta.

El hombre aunque podía erguirse y mantener su estación bípeda, adoptaba de cuando en cuando la posición y la actitud de los cuadrumanos, y, pariente inmediato de éstos, imitaba sus acciones como las de los seres más afines y parecidos á él.

Su talla era pequeña, apenas si alcanzaba 1,60 metros. Su cráneo alargado y estrecho, estaba provisto de una frente baja y fugitiva, que pasaba como un relámpago sobre



Iguanodon.



Esqueleto del Megaterio.

que defender la prole y pelear muchas veces con el hijo en un brazo, mientras se defendía con el otro.

La supremacía femenina debió ser un hecho en los primeros instantes, y el hombre, domado por la necesidad de su conservación y de su perpetuidad, más vivamente que la misma hembra, entró en la primera *sociedad de consumo*, que fué la base y el origen de la familia.

Los ideales de auxilio, de socorro, de protec-

¡Cuántas veces el rey de la creación hubo de abandonar su guarida, arrojado de ella por el oso ó el *cervus hibernicus*, como el perro de nuestros días deja ante las voces del amo el almohadón ó la silla en que pretende descansar!...

La desigualdad en la lucha, fuente eterna de invenciones y madre fecundísima del genio, reconocida por el hombre, le dió las primeras indicaciones para proseguirla con algún fruto, y la rama desgajada del árbol por la última tempe-



Edad de Piedra.—El hombre primitivo cazando el reno.

ción, no pudieron fundarse sino más tarde, cuando todos los hechos físicos de la jornada diaria fueron bastantes para crear las primeras ideas morales y dignificar el sentimiento de perpetuación y conservación de la raza, no como satisfacción de la carne, sino como imperativo del espíritu.

Antes de llegar á estos albores de la moral hay un mundo de hechos y de sucesos que constituyen la verdadera historia del hombre en las primeras edades. Todos estos días primitivos estuvieron teñidos con la sangre de combates contra los monstruos gigantes, principalmente contra el oso y la hiena de las cavernas, con los cuales había de tropezarse precisamente el hombre en los momentos más culminantes de su vida; ó sea cuando iba á buscar el reposo ó á guarecerse de la tormenta.

tad ó acaso por una bestia, le puso el verdadero cetro del dominio entre sus manos.

La rama le dió el poder, la libertad, la vida al darle el medio de defenderse desde más lejos. Y se comprende que andando el tiempo el hombre tallase en ella las imágenes de sus dioses sacando de la misma, en sus ilusiones, la cruz de una redención que no está sino en él mismo.

VI

La aparición del hombre sobre la tierra no ha sido un hecho espontáneo y repentino, sino el resultado de una evolución muy lenta, en la que colaboró el medio en que se ha desarrollado el hombre, tanto como el hombre mismo.

El hombre ha sido muy auxiliado por el medio

pero el principal auxilio lo ha recibido de sí mismo. Él ha sido el mejor de los medios para surgir y aparecer y, finalmente, para llegar á las etapas más elevadas de su cultura.

Los anales de la tierra están cuidadosamente guardados en sus entrañas. En las diferentes capas geológicas de la misma están consignados de un modo incontestable é irrefutable los datos que han de servirnos para hacer su historia.

Hasta la aparición del hombre, tal como lo conocemos hoy en estación bípeda, con la frente erguida, escrutando con la mirada los mundos más lejanos que adivina y entrevé su fantasía, han transcurrido, por lo menos, tres grandes edades.

En el cuadro adjunto se ofrece una visión general de nuestra historia, tal como la puede trazar la ciencia de nuestros días:

LOS ANALES DE LA TIERRA

ÉPOCAS	ESTRUCTURA	PERÍODOS	ORGANISMOS
Primaria....	El suelo primitivo formado por rocas graníticas rudimentarias, granitoideas...		?
Primitiva....	Cristales, cuarzo, asperón, pizarra, calizas. Expansión del mar en Europa. Erupciones de rocas granitoideas	Laurantiano	Eozon Canadiense. Algas, musgos, helechos, primeros vertebrados. Reptiles.
		Cambriano...	
		Siluriano....	
		Devoniano...	
		Carbonífero... Permiano....	
Secundaria...	Asperón de los Vosgos; caliza; conchas; sal gema; finalmente la creta. Oolitos, piedras afectando la forma de huevo de pescado, como las encontradas en el Jura (Francia).....	Triásico.....	Aparecen los intermedios entre las aves y los reptiles. Los reptiles reinan definitivamente, y luego las aves. Pinos, abetos, palmeras y cipreses.
		Jurásico.....	
		Cretáceo.....	
Terciaria....	Arcilla, caliza, pizarra. Hay grandes oscilaciones en el suelo. Acaecen las erupciones de basalto. Se agranda el Mediterráneo. Surgen los Pirineos, el Jura, el Cáucaso, los Cárpatos.....	Eoceno.....	Los marsupiales, las serpientes, los mamíferos gigantes. La flora tropical. Aparecen los ascendientes del caballo, los del hombre y acaso el hombre mismo.
		Mioceno.....	
		Plioceno.....	
Cuaternaria..	Acaecen los diluvios y las aluviones. La erupción volcánica adquiere gran actividad. La estructura del suelo se ha fortalecido considerablemente.....	Glacial.....	EL HOMBRE.
		Reciente.....	

El hombre se remonta hasta la edad terciaria ó sea hasta más allá de la primera mitad del período plioceno, el último de esa época. Pero que el hombre haya existido en esos días, como lo prueban irrecusablemente los testimonios materiales que pueden consultarse, por ejemplo, en el Museo arqueológico de París, no quiere decir que la humanidad sea tan remota y tan antigua, dando á la palabra humanidad la acepción amplísima que actualmente la concedemos. El hombre se ha hecho poco á poco, gracias á la evolución moral de sus sentimientos.

Todavía, muchas veces podemos sospechar que el hombre no se ha hecho y que sólo unos

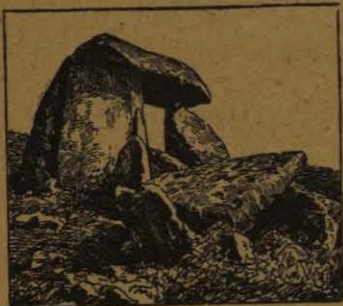
cuantos individuos de la especie han llegado á las cimas de la verdadera humanidad.

En nuestro espíritu quedan tantos yacimientos de nuestro pasado moral (inmoral habría que decir más claramente) que, sin necesidad de recurrir á ninguna prueba material y tangible, podemos convencernos de un remoto estado, no ya vecino de los antropoides, sino de animales más inferiores, con menos iniciaciones de moralidad y de sagacidad.

La más remota inteligencia de nuestra especie fué, sin embargo, siempre mayor que la de todos nuestros antecesores más inmediatos, y por eso triunfó el hombre primitivo sobre to-

dos sus hermanos animales, subyugándoles, al fin, por su poderío mental.

El más degradado de los australianos actuales es comparativamente muy superior al hombre que aparece en los umbrales de la humanidad actual; pero no por esto debemos comparar á los salvajes contemporáneos ni á los criminales de hoy con el hombre primitivo,



Tumba de la Edad de Piedra (Portugal).

porque éstos son tipos detentados y estacionados en un punto del desarrollo, y aquellos, por bárbaros y por bestiales que nos los imaginemos (obediendo por fuerza á nuestros prejuicios de cultura de ahora), eran más grandes y más sublimes, porque llevaban una originalidad de fuerza y un deseo de libertad que no tiene seguramente ninguno de los términos de comparación que hoy podemos usar, tipos envejecidos por la edad del mundo y extenuados por el esfuerzo inútil, por el no hacer y no progresar en que viven todavía.

Contaba aquel hombre con el vigor del gorila y tenía almacenada en sus músculos toda la fuerza que derrocha hoy cerebralmente el más genial representante de nuestra especie. El hombre de hoy no podría derrochar esta fuerza en sus horas de estudio y de trabajo si no fuese el descendiente más noble de un bruto, de un salvaje, de un gran crisol de voluntades y de fuerza como lo fué el sublime bárbaro que pudo luchar con el reno, con el oso de las cavernas, con el mastodonte y el elefante primitivo.

Lo que ha elevado al hombre ha sido su poderoso instinto de conservación, la flecha de su anhelo, que ha sido lanzada más allá de los mundos y de los ultramundos que pueden adivinar sus sentidos.

El instrumento más antiguo que poseemos, la famosa punta de sílex de Thenay, acredita un deseo de existencia y una energía verdaderamente incomparables. Y, sin embargo, para los más concienzudos investigadores, ese instrumento no está hecho todavía por el hombre, tal como existe en la actualidad, sino por su inme-

diato precursor, al que se le ha querido atribuir el descubrimiento del fuego, por la simple inspección del famoso sílex, fuente y origen de muchísimas controversias. De prevalecer las opiniones de los más apegados á la tradición bíblica, habríamos de creer que se trata de una falsificación ó de un simple capricho de la naturaleza que ha pulido y tallado todos esos sílex, haciéndoles pasar por una corriente de aguas termales. Un gran número de esos sílex, en efecto, preséntanse resquebrajados y ennegrecidos como si hubieran sido trabajados por el fuego. Pero experiencias efectuadas en los laboratorios (las de Carnot, por ejemplo), resolvieron la cuestión, despejando toda duda, al demostrar que semejantes manchas no se deben al fuego, y que las venas negruzcas tomadas al principio por residuos carbonados, no son sino óxidos metálicos hidratados.

El hombre de Thenay no hablaba probablemente todavía. Fuerte, vigoroso, enérgico, no disponía aún del gran medio del lenguaje, el más indispensable para su progreso y para la conquista del mundo. La *apófisis geni*, donde se insertan los músculos de la lengua, no se ha encontrado suficientemente acusada en mandíbulas de una edad posterior.

El hombre, solo, aislado, sin constituirse en tribus, no había llegado aún á gustar la embriaguez de la vida, que ha sido la verdadera creadora de la palabra, como expresión del primer acto entusiasta de la existencia. Su deseo de vivir no necesitaba aún, como ha necesitado después, en las épocas de abatimiento y de decadencia, de una palabra animadora que estimulase su voluntad.

Hambriento y necesitado de la vida, era todo su deseo (deseo sin palabras, sin ideas, sin pensamientos), una voluntad ciega, fatalista, inevitable, como la inexorable gravedad que empuja hacia el centro de la tierra á los cuerpos sacados de su equilibrio.

En esa época heroica, el hombre, hubo de



Galería cubierta. Edad de Piedra (Antequera).

desplegar toda su fuerza y toda su energía constantemente para asegurarse la existencia. Sus débiles armas, insuficientes para una gran lucha, sólo pudo utilizarlas para los encuentros singulares en los que entablaba un verdadero duelo con enemigos á los que casi siempre podía vencer, y de los cuales huía cuando, presentándose en rebaños ó en manadas, le obligaban á refugiarse detrás de las piedras ó á escalar los árboles.

Los grandes monstruos no le daban mucho que hacer. Demasiado inferior y demasiado pequeño para disputarles la vida y los medios de existencia, pudo ser tolerado por ellos, que no vieron en él un terrible concurrente, como podían verlo en sus congéneres. Lo probable es que los grandes animales prehistóricos y antediluvianos se destrozasen á sí mismos, entablado una continua batalla para disputarse las presas.

El interés común que sienten todos los seres, el de la conservación de la vida, sólo impulsaba á luchar con los congéneres y allegados más próximos, pero no á provocar la lucha con las especies más apartadas y distantes. Mucho después, en una época muy posterior, cuando llegó á conocer el hombre la utilidad que podía obtener con la dominación de las bestias superiores, cuando pudo sacar alguna utilidad de su posesión ó de su muerte, es cuando empezó contra ellas la gran lucha y cuando pudo perfeccionar sus armas para conseguir la victoria, utilizando los despojos del vencido como el hombre había visto hacer á otros animales más fuertes, observándolos desde lugar seguro.

La disposición de sus dientes, que no podían cruzarse, tocándose simplemente como los bordes de una caja sin engaste, no le hacían desear la carne, y su mismo estómago no le permitía la recepción de semejante alimento. La lujuriosa, exuberante y pródiga invasión de los vegetales le dispensó de la lucha por el mantenimiento de la existencia, y esta lucha en realidad sólo la entabló por la conquista y la posesión de la casa, de la guarida, que era



Cráneo llamado de Cro Magnon.

á la vez el lecho y el vestigio del hombre.

En los primeros momentos pudo satisfacer sus necesidades con pequeño esfuerzo, y el combate sólo lo entabló sencillamente por un pretexto de comodidad y de *confort*. Al retirarse para el descanso empezó la primera lucha, cuando el hombre halló en su guarida al oso ó cuando el oso ó la hiena de las cavernas hallaron en su cueva al hombre que se había posesionado del lugar. El primer golpe de



Murallas de la época neolítica (Portugal).

genio y el primer rasgo de audacia no fué la conquista y la invención de ese sílex de Thenay, sino con toda seguridad la invención de las puertas, la colocación de una piedra gigantesca en medio de la entrada, por cuyos lados pudiera pasar el hombre y ninguno de sus grandes y voluminosos enemigos.

Cuando acaeció la segunda invasión de los hielos, cuando llegaron hasta Inglaterra y hasta la mitad de Europa las montañas glaciales de Escandinavia, como lo atestiguan los yacimientos de conchas encontrados en aquellos puntos, y cuando se efectuó la invasión de la fauna asiática en Europa, al escasear los alimentos por los grandes cataclismos y terribles perturbaciones, la concurrencia vital provocó la lucha, y ésta fué principalmente entre los más allegados, entre los afines. El adelantado y madrugador que se posesionaba de un puesto, no era arrojado de él por el más fuerte como un intruso, sino eliminado en seguida, porque no se veía en él al disputador de la casa, sino al disputador de la comida: un concurrente.

En aquellos instantes, escapando de los mayores enemigos, sorteando las gigantescas moles de piedra, el hombre recibió la primera noción para su defensa, la casa, y cuando pudo asociarse, hizo artificialmente y reprodujo el mismo bendito lugar donde salvó su vida.

La aplicación no fué inmediata. Un gran lapso de tiempo, de algunos años, transcurrió antes de remedar lo que tanto le había herido en sus sentidos. Entonces abandonó la caverna y sólo vol-

vió á ella cuando la asociación y la familia fueron bastante poderosas para cooperar en la gran obra

El sílex de Thenay apareció en el interregno, y es probable que el hombre lo hiciese antes de poner la puerta á su casa, pero no antes de ocurrírsele ponerla.

El sílex fué á la vez la primer arma y el primer instrumento.

El factor más grande de la evolución y del progreso ha sido el mismo hombre, medio de sí mismo para elevarse y perfeccionarse. Este punto, adivinado y entrevisto por el propio Darwin al trazar la historia de la aparición del hombre y de la evolución de las especies, y obscurecido luego por la magnificencia y la grandeza que ofrecen los principios de la selección y de la herencia en la expansión darwiniana, ha pasado sin adquirir su verdadera importancia hasta una época muy reciente, en que un sabio meri-



Restos de una habitación de la Edad de Bronce (*British Museum*).

tísimo, arrebatado prematuramente á la ciencia, Kessler, decano de la Universidad de San Petersburgo, llamó la atención sobre él, en una memorable conferencia (1880).

Una exposición detallada de este importante factor la ha hecho de un modo admirable el príncipe Kropotkine en unos célebres artículos publicados durante 1890-1896 en *The Nineteenth Century*, y reunidos no hace mucho en un precioso volumen (1).

El eterno tópico de la sociabilidad humana ha recibido así una confirmación científica y un sólido soporte para sustentarse sobre firme fundamento.

¿Pero cuándo aparecieron los días sociales del hombre? ¿Cuándo desapareció el ser presocial que ha debido, naturalmente, precedernos? ¿Cómo debió de vivir ese hombre, sin sociedad, sin apoyo, sin auxilio, sin una chispa de moralidad, de sentimiento hacia sus semejantes?

(1) *La ayuda mutua*, por el Príncipe Kropotkine. (Colección de libros populares.) Sampere y C.ª, Editores.

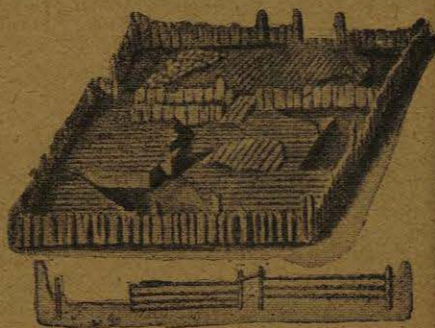
Antes, mucho antes de los perfeccionamientos, insignificantes hoy, pero enormes entonces, que le separaron y alejaron de los antropoides más inmediatos.

La primera familia se crea alrededor del hogar, pero el primer hogar no tiene fuego, no es hogar siquiera, no está fijo, señalado, acotado, determinado por un signo convencional. Era un sitio cualquiera, donde todos comían, donde los sexos celebraban la comunión de la vida, manteniendo su existencia y haciéndola permanente. Una horda confusa.

Es una impropiedad hablar de la familia primitiva. Cuando pronunciamos actualmente la palabra familia, indefectiblemente se nos viene á las mientes una serie de asociaciones y de hechos modernos que informan un concepto actual para juzgar una cosa muy remota.

Al hablar de la familia primitiva debemos hablar únicamente de las relaciones entre los sexos y de aquellos sentimientos que modificándose poco en la evolución moral han dado origen á la mejor organización de la familia contemporánea.

El sucesor del antropoide, el hombre primitivo predecesor de los hombres actuales, vivió, probablemente, como viven los grandes monos de Africa y más particularmente el gorila y el orangután: por lo general, solo, sin disciplina de unión, ni asociación alguna, y únicamente re-



Restos de habitaciones del hombre en la Edad de Piedra (Alemania).

curriendo á ésta en las épocas de la procreación. La constitución de grupos y de clases fué muy posterior y obra principal de la mujer, que



Cráneo de la Edad de Piedra.

creó realmente la familia, en el sentido de agrupación afectiva.

Pero esa base de la sociedad fué cimentada



Sílex tallados (Francia). Arpones (Período de la Magdalena).

muy tarde, y en la leyenda encontramos una indicación preciosa de las relaciones entre los sexos cuando se nos habla de las antiguas amazonas. La agrupación, el clan, lo sintió de un modo principal la mujer, mucho antes que el hombre, como consecuencia natural de dar á luz la prole. Cuando la necesidad permitió la conservación de los hijos, la tribu se organizó bajo la dirección de la madre, y así la primer institución social más remota que se conoce en los pueblos es sencillamente el matriarcado primitivo. La preeminencia de la mujer nació de su debilidad orgánica, y un paso de avance hacia la sociedad más elevada fué la asociación de las hembras para defenderse de los ataques de los varones. A las uniones efímeras, erráticas, celebradas á viva fuerza, tras una lucha horrible entre ambos progenitores, sucedió una organización social incipiente, en la que quedaron invertidos los papeles; y así en las épocas más adecuadas para la unión de los sexos, las temibles amazonas persiguieron á los hombres con una furia semejante y análoga á la que en una época anterior el hombre, aislado, perseguía á la mujer indefensa para satisfacer sus apetitos tras una lucha cruel.

La constitución del matriarcado como institución defensiva debió surgir en la época antropofágica del hombre, cuando ocurrieron las terribles crisis por el sustento á causa de la invasión de la fauna asiática y de la gran avenida de los primeros y auténticos bárbaros del Norte, los grandes monstruos de las regiones boreales, arrojados por los cataclismos terrestres y las variaciones atmosféricas al centro de Europa y la cuenca mediterránea.

La antropofagia, consecuencia inmediata de la lucha con las fieras, fué primero un tránsito de la alimentación frugívora á la omnívora, y una consecuencia obligada para la seguridad del triunfo. Adquirida por imitación de las fieras, se perfeccionó más adelante y llegó á un refinamiento supremo en época posterior, cuando ciertas concepciones religiosas favorecieron su desarrollo.

El adorno y el vestido, derivados igualmente de las enseñanzas adquiridas en la lucha, fueron también muy posteriores y no surgieron sino tras una serie de conquistas conseguidas por esfuerzos que resultarían insuperables, si hubiéramos de efectuarlos hoy de nuevo.

En el período final de la época terciaria la conquista definitiva fué la adquisición de la punta de sílex que, sin pulir y sin afilar, servía para defender al hombre y dirigirle hacia otra edad.

VII

Esas piedras que se llaman en algunas partes *piedras de rayo* ó *lenguas de gato*, son las armas más antiguas del hombre, las armas con que ha conquistado y realizado todos los grandes progresos de que nos vanagloriamos hoy.

El yacimiento descubierto en Chelles (Sena y Marne) ha dado nombre á todos esos instrumentos, y con el mismo se designa á la primera época industrial del hombre. Esas hachas de piedra, toscas en extremo, se utilizan hoy mismo por los Seri del golfo de California, y son



Oso de las cavernas grabado sobre un esquist. Mamut grabado sobre marfil (La Magdalena). Armas y agujas de Sílex (Portugal).

análogas á las descubiertas por M. Lartet en el yacimiento de San Isidro, en Madrid.

Con tan débiles defensas, el hombre, sin embargo, se mantuvo y progresó. Buscando los lugares más á propósito para su seguridad,